

Excursión a la rue des Agustins

Herman Cartelegar pronto se dio cuenta de que había sido muy oportuno armarse bien para aquella excursión a la rue des Agustins. Llevaba su espada y la daga, y una pistola al cinto que quedaba oculta por la capa. Había decidido que le acompañara Jerónimo López, también armado a propósito, como guía y para mayor defensa.

Cartelegar y su acompañante no se fiaban de lo que fueran a encontrarse por allí en plena noche, así que, lo más embozados que pudieron y con paso cauteloso, recorrieron las calles cercanas a la posada de La Cierva Roja. Al confidente del embajador no se le iba de la cabeza la imagen del tipo del hábito, y aguzaba la vista entre las sombras, temiendo y deseando, a un tiempo, volverse a echar a la cara a aquel hombre o fantasma.

Bajaron por la calle Pagevin y en el último tramo de ésta, antes de llegar a la de los Agustinos, descubrieron a dos hombres sumergidos en la sombra que proyectaba el alero del tejado de una casa que hacía esquina con la calle de Breneuse. Embozados e inmóviles como búhos, hasta que se llegaba a dos pasos de ellos, no era posible percibirlos. Pasaron de largo y les pareció que eran observados desde la sombra sin un solo movimiento: apenas un susurro metálico, como la respiración del acero, les saludó. Cartelegar tuvo que agarrar del brazo a su compañero para evitar que Jerónimo López, temiendo una celada, encarara aquel leve murmullo de armas echando mano de las suyas.

Continuaron caminando la calle de los Agustinos abajo. Las luces de La Cierva Roja estaban ya apagadas y la posada en silencio. Al llegar a su altura, echaron un vistazo rápido hacia su interior, y siguieron sin detenerse hasta el extremo de la calle, donde desembocaba en la de Montmartre. Al resguardo de un portal que quedaba enfrente de la entrada a la posada advirtieron que un tercer hombre hacía guardia en la misma sospechosa disposición que los otros dos con los que se habían cruzado antes. Simulando no haberlo visto, salieron a la calle Montmartre y doblaron la esquina de la posada.

Una vez lejos de la vista de los emboscados, se detuvieron a recuperar la calma y pensar en lo que harían. Cartelegar no podía estar seguro de que no fueran el objeto de aquella asechanza. Pero, en el caso de que fuese a ellos dos a quienes estuvieran esperando, ¿por qué no les habían atacado ya?

—¿Estáis pensando lo que yo, señor Cartelegar? —preguntó Jerónimo López.

—Demasiadas casualidades, ¿verdad, Jerónimo?

—Sí, demasiadas coincidencias.

—Esta misma mañana escucháis a un fraile preguntar por nuestro *Saúl*, y cuando aparecemos por aquí, nos encontramos al menos tres hombres emboscados. ¿Estáis seguro de que nadie os reconoció en la posada?

—Todo lo seguro que se puede estar de una cosa así.

—La cuestión es saber a quién aguardan. ¿Por qué estaría interesado ese fraile del demonio en encontrar a Forcada?

—Lo ignoro. Sólo puedo deciros que al posadero pareció que le hubieran mentado a alguien muy conocido.

—Podiera no ser una emboscada, sino que esos hombres están como protección. Tal vez sean amigos de *Saúl*, que espían la llegada de algún curioso inoportuno como ese fraile.

—Y, sin embargo, esos tres están dispuestos como para una celada...

—Eso es lo que más me intriga. Parecen esperar a alguien que sólo puede dirigirse a la posada. Dos hombres colocados para salirle por la espalda, y otro más para cerrarle el paso frente a la hostería, quizá como reserva para acabarle a traición cuando encare a los otros dos, o al revés.

—Un hombre desavisado contra tres que le aguardan y conocen su oficio... Realmente, sea quien sea la presa, no le dejan muchas oportunidades...

Jerónimo se interrumpió en ese momento y apretó el brazo de su compañero señalándole enfrente con la mirada, hacia un ventanuco de la posada por donde se veía ahora a alguien asomándose y observando la calle en todas direcciones. Los dos se pegaron instintivamente a la pared para ocultarse entre las sombras y observaron en silencio la escena que se desarrollaba ante ellos. Un minuto después, se vio al que antes oteaba descolgarse por el estrecho ventanuco y saltar con agilidad los cinco o seis pies que le separaban de la calle. Una vez abajo, volvió a mirar a todos lados como para asegurarse de no haber sido visto, y en seguida echó a correr.

Decidieron seguirle, aunque Cartelegar dudaba si aquello no sería más que una estratagema para alejarles de la posada. El que corría era de pocas carnes y lo hacía como una liebre que huye, al contrario que ellos dos que, con todo el armamento que portaban, para no ser advertidos siguiéndole, debían caminar forzosamente más lentos y sujetándose los hierros para amortiguar el ruido. El resultado fue que al poco lo habían perdido de vista.

Acabaron de rodear la posada e internarse en la calle de María Egipcíaca, y sin saber qué dirección seguir para recuperar el rastro, creyeron lo más seguro acercarse con cautela a la esquina donde sabían estaban escondidos los dos embozados de antes, pero manteniéndose a cierta distancia de ésta, cuando oyeron un grito procedente precisamente del lugar al que se encaminaban.

—¡Cuidado, capitán! —gritó una voz casi infantil.

Al acercarse más, vieron una figura que, desenvainando con rapidez, retrocedía hacia la esquina opuesta a la que ocupaban los asaltantes, la misma hacia la que se dirigían ellos. Al poco, se le unió el mismo al que habían visto saltar a la calle desde la posada, y que ahora, observado más de cerca, les pareció casi un niño, si acaso un mozo de no mucho más de catorce o quince años.

—Es uno de los mozos que sirven en la posada —lo reconoció Jerónimo López.

Los dos atacantes, descubiertos por la advertencia del muchacho, habían abandonado el cobijo de las sombras y avanzaban con paso inseguro, aún confundidos, las espadas por delante, hacia el hombre y su inesperado compañero.

Su presa había ganado ya la esquina y cubierto su espalda con la pared, anticipándose a un veloz movimiento de uno de los asaltantes que había intentado en vano impedirselo. Por señas, el desconocido le pedía al chico que se alejara de allí y pidiera ayuda en la posada. Pero el muchacho no hizo caso y se pegó a él blandiendo una daga que no parecía suficiente defensa contra las largas espadas de los dos oponentes.

Ahora la cosa iba en serio. Ambos atacantes se lanzaron a la vez contra el hombre, que apenas tuvo tiempo para esquivar el furioso tiro del que estaba a su derecha y parar a continuación el del que se había puesto a su siniestra. El chico difícilmente pudo hacer otra cosa que pinchar en el vacío su daga contra el asaltante de su lado, esto es, el de la derecha, pues éste supo mantenerse a distancia para que la pequeña arma ni le rozara.

—Harías bien en apartarte de aquí, niño —le aconsejó desdeñoso el sicario.

Como respuesta, el mozo volvió a acuchillar el aire con su daga, mientras respondía:

—¡Venid vos a apartarme, si podéis!

La bravuconada del chico hizo gracia a Cartelegar y a Jerónimo López, quienes desde su posición la celebraron cobrando inmediata simpatía hacia el valor que demostraba el mozo. Pero sus ojos experimentados en tales lances no se hacían muchas ilusiones acerca del destino que esperaba al hombre y al muchacho. Vieron cómo sus oponentes se abrían ahora, con el fin de no estorbarse en el asalto y de dividir aún más la defensa de su presa. El que quedaba a la izquierda comenzó un ataque puramente de desgaste, distrayendo a su rival con el fin de que su compañero pudiera quitarse de en medio al muchacho.

—¿Vamos a quedarnos aquí parados viendo como acaban a ese mozo? —murmuró entre dientes Jerónimo López.

—No podemos mezclarnos en una guerra que no sabemos de qué va —le contestó Cartelegar sujetando por el brazo a su impetuoso acompañante.

Como la daga era incapaz de medirse con la espada de su rival, el chico hacía uso de su agilidad y poco cuerpo, las únicas ventajas con las que contaba, saltando sin parar alrededor de quien le acosaba y lanzando cuchilladas a sus costados. Los dos criados del embajador vieron con alivio que, si bien caza menor, el mozo se las estaba arreglando para mantener a raya a su enemigo. Es más: con astucia, iba apartándolo poco a poco de su secuaz, permitiendo que el hombre pudiera ocuparse ahora con más comodidad de su propio rival.

En efecto, cuando aquél vio que el mozo de la posada aguantaba bien y que, por el momento, sólo tenía que vérselas con uno de los atacantes, empezó a tirar a fondo contra su contrario, asediándolo ya de frente, ya por los costados, sin darle tregua para que recuperara el resuello ni para que pudiera pensar con claridad.

Cartelegar admiró la destreza con que veía combatir a aquel hombre y una imagen cruzó inmediatamente por su memoria.

—El chico gritó «capitán», ¿no es cierto? —preguntó a Jerónimo López.

—Así lo creo.

—Pues me parece que el «capitán» no debe de ser otro que el señor de Forcada —concluyó.

Apenas había dicho esto, cuando el hombre, con un ataque de cuarta al flanco de su enemigo, lo desarmó. El desconcertado asaltante, lanzando desesperadas cuchilladas con la daga que sostenía en la otra mano, intentó recuperar su arma impidiendo que el capitán llegara hasta donde había caído la espada. Consiguió recuperarla y parar una primera estocada, pero no supo qué hacer cuando el capitán, girando sobre sus pies como en un paso de baile, tiró una segunda estocada tan súbita y tan diestra que le atravesó la garganta de parte a parte antes de que hubiese podido siquiera percibir el movimiento. El herido se desplomó ruidosamente sobre el pavimento arrojando una bocanada de sangre espesa y temblándole convulsivamente la cabeza, los ojos desencajados por la sorpresa.

Al ver esto, el otro sicario se tiró a fondo contra el chico de la posada en un último intento desesperado y furioso de acabar con él o, tal vez, de vengar la muerte de su compañero. Aunque el mozo consiguió recular a tiempo, su espalda tropezó contra el muro, y la punta de la espada le alcanzó por encima de la clavícula, sin profundizar mucho, y con la fortuna de que su movimiento instintivo de girar la cabeza le salvó por muy poco de que le tocara el cuello. Como, ya libre del otro acosador, ahora el capitán volvía su espada contra él, el asaltante no pudo rematar la faena, y echó a

correr hacia la posada gritando:

—¡A mí, a mí los de la posada!

El capitán, que al principio le había perseguido, se paró entonces en seco, confundido. Al momento, vio salir de La Cierva Roja a dos hombres más, espada en mano.

—¡Vos, maese Mordal! —exclamó al reconocer en uno de ellos al posadero.

—¡Sí, yo, señor de Forcada! ¡Traidor!

Cuando le vieron caer herido, Cartelegar y Jerónimo López habían acudido a ayudar al chico de la posada, y más con gestos que con palabras, le intentaron convencer de que eran amigos y no —como Guillaume había temido al verlos aparecer tan de pronto— dos nuevos emboscados. Pero mientras el criado taponaba con un lienzo su herida en el hombro, el mozo señaló con espanto hacia el fondo de la calle, sin ser capaz de articular palabra, y luego perdió el conocimiento. Girando la vista hacia el lugar que les había indicado, apenas vieron un instante la sombra alargada que proyectaba un hábito frailuno con su picuda capucha por remate. Para proteger al muchacho, entre los dos apartaron entonces su cuerpo a una esquina donde pudiera quedar fuera de la vista de aquella sombra o de los que ahora acometían contra Forcada.

Unidos ahora los dos salidos de la posada y el huido, con las espadas desenvainadas y amenazantes, comenzaron a ejecutar una maniobra de envolvimiento. El capitán, desconcertado ante este inesperado movimiento de sus atacantes, no supo reaccionar a tiempo para impedirlo, y cuando se quiso dar cuenta, ya tenía a Mordal y al sobreviviente de los primeros atacantes a su espalda, cerrándole la salida calle abajo. El tercer enemigo se había puesto de frente, en la puerta de la posada, cortándole el paso hacia la Grand Rue Montmartre. Además, los dos que se habían situado a su espalda se abrieron para impedirle ganar cualquiera de las paredes que pudieran cubrirle la retaguardia.

Por un minuto, el capitán hizo molinetes girando sobre sí mismo para mantener a distancia a sus tres acosadores. Con ello consiguió dificultar que se concertaran en un mismo ataque simultáneo, pero no logró que perdieran sus posiciones para escaparse por una brecha. Además, la estratagema pronto perdió su efecto inicial y, como temía, en seguida los tres le atacaron a una. En un segundo pareció decidir contra quién dirigiría su única estocada, y agachándose para esquivar las otras dos espadas, atravesó con la suya el grueso muslo del posadero, quien refulió chillando. Las espadas de los otros, que buscaban su pecho, entrechocaron entre sí encima de él, pero la daga de uno, que voló más baja, le desgarró el jubón a la altura del pecho y tocó en carne.

Mientras retrocedían a sus posiciones iniciales para volver de nuevo al ataque, Forcada se enderezó doliéndose del corte en el pecho y, atento a los movimientos del posadero Mordal, que estaba sentado en el suelo quejándose de su herida en el muslo y lanzando maldiciones, aprovechó para apoderarse de la espada de éste. Al momento tuvo que hacer frente a la nueva acometida de los otros. Paró las dos estocadas y, observando el desconcierto de sus enemigos, giró y buscó proteger su retaguardia contra el muro de la posada.

Desde la esquina, Cartelegar seguía de lejos la nueva fase del combate, asombrado de la maestría con la que veía combatir, una espada en cada mano, al capitán. Pero comprendía que las fuerzas de éste debían de estar ya al límite de la extenuación. Se podía descontar al posadero, quien se retorció de dolor en el suelo y, herido y desarmado, no parecía con ánimo de incorporarse de nuevo a la lucha. Pero los otros dos, que se habían limitado al principio a ir agotándole, sin duda

impresionados por la destreza ambidiestra de su contrario, le acometían ahora a un ritmo más rápido y se concertaban cada vez mejor para atacarle simultáneamente. Por otra parte, ¿cuánto tardaría en entrar en liza el hombre que se escondía en el portal?

Sin despegar los labios, Cartelegar hizo a Jerónimo López una seña de las que se emplean en la guerra, en las encamisadas nocturnas. Al momento, y como si lo hubiera estado deseando, el criado salió corriendo pegado al muro y a sus sombras protectoras, hasta que se perdió de vista.

Como había supuesto Cartelegar, aparentando desesperar de acabar así con él, o como si estuvieran ya tan agotados como su rival y perdieran la claridad de mente, los dos sicarios fueron basculando en sus posiciones hacia la pared de la posada, dejándole así al capitán, como por descuido, franca la salida hacia la calle Montmartre. En efecto, cuando descubrió la brecha, éste, sin perder la cara de sus oponentes, comenzó a dar pasos hacia atrás buscando la proximidad de la calle que le daba vía libre. Pero antes de escapar, con cálculo y consumiendo las pocas energías que le restaban, pasó ahora él a la ofensiva: tiró una estocada rápida, baja y poco caballerosa al sobreviviente de la pareja que le atacara al principio, con la que le atravesó la ingle. En cuanto sacó la espada de la carne del enemigo, hizo un molinete con ambas manos, cruzó los aceros en el aire y, como si fueran unas tijeras, las cerró sobre la espada del otro, desarmándole.

Con uno de sus contrarios palideciendo ante la copiosa pérdida de sangre que sufría por su herida, y el otro desarmado, Forcada iba a escabullirse ya hacia la calle Montmartre cuando desde el portal surgió de pronto a sus espaldas el hombre que allí se escondía, quien, con daga y espada a la vez, hubiera acabado a traición al capitán, de no ser porque Jerónimo López se anticipó a la intención del sicario y lo atravesó con una certera estocada.